

también de algunos compromisos, cuente usted con que le conseguiría á usted dinero á toda costa.

—Pero si usted puede, solo queriendo, disponer de trescientos pesos mensuales.

—¡Ah!..... sí..... dijo Sánchez.

—Pues bien, me conformo con esos trescientos pesos mensuales y el resto al término del asunto.

—Quiere decir, á la venta de la casa.

—Bien, sea entonces. Ya usted ve que lo único que usted sacrifica á su tranquilidad, es esa señora..... su cocota de usted, compadre, que es la causa de su ruína y que seguirá siéndolo, si Dios no lo remedia y si usted no dá un paso enérgico para quitarse de una vez de complicaciones.....

—Como siempre, las reflexiones de usted, compadre, son muy justas; y en consultando este negocio á ciertas personas, creo que podremos arreglar algo; en fin, tenga usted esperanzas.

—Piénselo usted bien.

—Así lo haré.



CAPÍTULO V.

EN EL CUAL EL LECTOR VUELVE Á
SEGUIR LOS PASOS DE RICARDO,
DE AMALIA Y DE LA CHATA.

PERDÓNENOS el lector, si por algún tiempo nos hemos olvidado de Amalia, de Ricardo y de la Chata; mas por vía de reparación hemos de consagrarles todo el presente capítulo.

Ricardo había logrado hacer la más fácil de todas sus conquistas, pues á la verdad no había puesto de su parte otra cosa que haberse dejado llevar de los acontecimientos.

Lo primero que Ricardo notó en Amalia, fué esto:

Era muy franca, tenía no sabemos qué especie de ingenuidad que contrastaba de una manera original con la circunspección que era de esperarse en mujer de cierta edad.

Tras de estas ingenuidades sorprendentes esconde la mujer una tela tan complicada de peripecias, que el hombre, astuto y todo como Dios lo ha hecho, traga el cebo como cualquier salmón.

A Ricardo le cayó muy en gracia la sencillez de Amalia, y creyéndose hombre de mundo, pensó haber dado con una perlita oculta en materia de corazón.

—Amalia es muy sencilla, exclamaba; ya se vé, se ha educado en el colegio de las Vizcainas y casi de allí salió para unirse con Sánchez.

Ricardo no sabía todo lo que podía haber en aquel *casi* ni en aquella sencillez.

Otras veces decía Ricardo:—Amalia es un brillante montado en estaño: el estaño es Sánchez. Y muy contento con este simil,

que le parecía en extremo adecuado, se daba el parabien de haberle tocado en suerte ser el platero, que aprovechando aquella piedra preciosa, que se llamaba Amalia, le confeccionara una montadura digna de ella; en cuyo caso Ricardo modestamente resultaba de oro.

A Amalia le bastó la danza aquella para comprender que había encontrado su media naranja.

Sabemos ya el resultado de la primera visita de Ricardo, y no habíamos vuelto á ocuparnos de él, sino en el momento en que Sánchez lo sorprende al lado de Amalia la noche del té de Carlos.

Veamos, por lo tanto, lo que pasó en la segunda visita de Ricardo.

Era de noche.

Amalia estaba en su terreno: la lámpara de mesa tenía encima, á guisa de velador, un verdadero kiosko de flores artificiales: la luz, por lo tanto, era dulce, á propósito para endulzarlo todo, especialmente una flor crepuscular como Amalia.

Amalia estaba vestida de color de rosa; parecía una *rosa-reina*: su vestido tenía muchos volancitos como para figurar ese agrupamiento de pétalos encarrujados y oprimidos que acusan exhuberancia y feracidad, y al mismo tiempo sirven para dejar escapar el aroma del cáliz.

A falta de éste, la mujer recurre á Escabasse, ó á Cataño, que en materia de perfumes acaba de recibir primores. Amalia tenía aromas del Japón, esencias, pastillas, cremas, jabones y cuantas drogas de esta especie se han inventado contra las exhudaciones y demás miserias humanas.

Amalia estaba además parada sobre las puntitas de los piés; lo cual, estéticamente, suprimía, en la idea al menos, no sabemos cuántas libras de peso á su humanidad.

Estaba parada sobre unos tacones terminados en punta, y que hacían el efecto de arquear el pié de Amalia al grado de dejar pasar la luz y el aire por el más provocativo de los puentes.

Amalia vivía sobre dos paréntesis.

Así estaba esperando la segunda visita de Ricardo.

Ricardo, por su parte, estaba entrando por las horcas caudinas de la presunción.

El rey de la creación, es decir, el hombre, es muy curioso bajo este punto de vista.

Tan luego como Ricardo se sintió enamorado, pensó más en sí mismo; nada más natural en el personalísimo asunto de amar y ser amado.

Ricardo frente á su espejo se pasó revista, como para medir de un golpe toda la suma de poder magnético con que pudiera contar.

Encontró suficientemente ensortijado su cabello, sedoso y peinado el bigote y bien crespas su par de patillas que, en lugar de juntarse en la barba, se separaban allí con el objeto de dejar visible el cuello y la corbata, que es la suprema coquetería del hombre, y despues de abrirse, traían no sabemos qué reminiscencia imperialmente aristocrática.

Ricardo estaba contento de sí mismo;

Salín había sabido pintarle un chaleco y un gabán de mucho gusto, y Minard le había hecho unos botines que realizaban el tipo del pié mexicano; pié por el que Amalia se salía de sus casillas.

Ricardo se puso unos guantes bismark que comprimían los músculos de la mano, al grado de hacerla inverosímil: las manos de Ricardo perdían con aquellos guantes la tercera parte de su volúmen y las dos terceras de su utilidad, pero resultaban unas manos muy bonitas.

Ricardo se perfumó la boca, la ropa y el pañuelo; se puso un sobretodo color de haba, debajo del cual colocó en el cuello un pañuelo de cachemira blanco, y se dirigió á la casa de Amalia.

Amalia le sintió los pasos.

—¡Ahí está ya! dijo para sí, y se adelantó para recibirlo en la puerta.

—¡Amalia!

—¡Ricardo!

No se dieron la mano, sino las manos. Se miraron, se sonrieron y entraron.

Ricardo se desabrigó y se sentó junto á Amalia.

—¿Ha pensado usted en mí? Amalia.

—Mucho ¿y usted?

—No tengo otra imagen en la memoria: ¿puede uno ver á usted una sola vez y olvidarla en seguida?

—Es usted muy galante.

—Ya hemos quedado, Amalia en que somos francos, yo no sé mentir ¿me cree usted?

—Sí, lo creo.

—Me ha interesado tanto la historia de usted y su situación actual, que estoy verdaderamente preocupado.

—Por mi parte..... ¿le digo á usted lo que pienso?

—Todo, Amalia, sin callarme nada.

—Pues bien..... pienso en que hace mucho tiempo que somos amigos; le sucede á uno con personas tan simpáticas como usted, que apenas las acaba de conocer, las cree amigos viejos, por eso me inspira usted tanta confianza.

—Gracias, Amalia, es usted un primor.

—Y me parece, continuó Amalia, que ya no estoy sola en el mundo, que ya tengo un sér que se interese por mí; que ya tengo á donde volver los ojos; que ya tengo un hermano.

—¿Me ama usted como hermano, Amalia?

—Sí, Ricardo; como un hermano, como un hermano muy querido.

—¿Nada más como á hermano?

—¿Qué más quiere usted?

—Es cierto, ¿á qué más podría yo aspirar? pero.....

—¿Pero?

—Soy muy ambicioso y deseo que me quiera usted más que á todo el mundo.

—No amando á nadie, bien puede ser un hermano el sér á quien más se ame en el mundo.

—Es cierto, pero..... tiene usted un hermano muy celoso.

—¿Celoso?

—Sí, muy celoso; celoso como Otelo, porque me atormenta pensar.....

—Esté usted tranquilo, Ricardo, bastante debe usted comprender, porque tiene usted mucho talento, que entre Sánchez y yo.....

—Hay un abismo, agregó Ricardo, pero un abismo oscuro, y sobre todo que me hace sufrir.

—¿Qué quiere usted! esa es nuestra suerte y crea usted que si no tuviéramos la compensación.....

—¿De nuestro cariño?

—Sí.

—Me moriría de pena.

—Entónces acabemos de una vez, rompamos ese falso lazo, emancípese usted.

—¡Ricardo!..... ¿y mis deberes?

—¿Y qué? siendo la base de estos deberes solo la voluntad, cuando ésta cesa....

—No obstante, Sánchez dice que somos tan casados como todos, porque no hay más matrimonio que el de la voluntad.

—Creo que se equivoca el señor Sánchez, al menos si en sociedad la ley es todavía ley.

—Dice que nada importa la bendición de un cura ni la farsa del registro civil.

—No pienso como el señor Sánchez; la prueba es que si nada importa todo eso ¿á quien ocurriría para arrancarla á usted de mis brazos? El señor Sánchez cree que tiene todos sus derechos garantizados, pues lo desafío á que la separe á V. de mi lado, y supuesto que la mujer es del más fuerte, ni más ni menos que la leona ó la loba, vámonos, Amalia, vámonos, y en teniendo un revólver debajo de la almohada, habremos encontrado nuestro registro civil de cinco balas, nuestra bendición nupcial á la Remington, y entre sus derechos y los míos, no habrá ninguna diferencia.

—¿Y la sociedad?

—La sociedad sancionará por segunda vez, el hecho es el mismo, la sociedad la misma, la forma idéntica; tiene razón el señor Sánchez, para nada sirve la bendición de un cura y el registro civil es una farsa; vámonos, Amalia.

—Está usted terrible.

—No: lógico.

—Loco.

—Enamorado.

—¿De veras?

—Como un bárbaro.

—¡Cuidado!

—¿Con quién? solo una cosa pudiera yo temer.

—¿Qué?

—Que usted no me ame.

—¿Duda usted?

—A veces sí: en este momento dudo.

—¡Ingrato!

—Al contrario, si no fuera yo tan agradecido, la amaría á usted menos.

—Entonces no debe usted dudar.

—Dudo porque la amo á usted más cada día, y como mi amor crece, ve pequeño el de usted.

—Eso es porque me faltan las alas.

—Esas sólo pueden nacer del corazón.

—¡No! no! no! exclamó de repente Amalia haciendo un guiño pueril y dando palmaditas á Ricardo en la rodilla.

Ricardo se apoderó de la mano y Amalia exclamó:

—Juicio, señor mío, juicio; no se le permiten á usted esas libertades.

Amalia sabía abusar de estas transiciones; del fondo de la más grave de las cuestiones, descendía á la puerilidad y á la broma.

—¿Le gusta á usted mi vestido? preguntó de repente á Ricardo con el candor de una niña.

—Sí, contestó maquinalmente Ricardo.

—Ni lo ha visto usted bien, ni cuidado ha puesto; ya se vé, todo lo que tengo es tan feo!

—¡Es hermosísimo! dijo Ricardo volviendo de su distracción, parece usted una rosa de Castilla.

—Tengo seis vestidos color de rosa.

—Usted tiene cien primaveras cada día.

—¿Qué color le gusta á usted más? ¿el color de rosa ó el azul?

—El color de rosa.

—A mí también.

Ricardo estaba visiblemente contrariado;

pero si no entraba de lleno al terreno de las frivolidades, Amalia tomaba por lo serio sus abstracciones y reñía. Era necesario darla gusto.

—Es muy lindo su vestido de usted, muy lindos sus piés, muy lindos sus ojos é incomparable todo lo que le pertenece, y por último, yo no puedo permanecer al lado de usted impasible, ni me puedo conformar con el papel de hermano. Mientras más hermosa me parece usted, me siento con menos fuerzas para luchar con una contrariedad que me está torturando horriblemente el alma; porque la amo á usted con todo mi corazón.

—¿Sabe usted que es muy serio lo que me está usted diciendo?

—Ya lo creo que es serio, y tanto, que estoy resuelto á todo.

—¿Cómo es eso?

—Sí, á todo.

—¿Es posible?

—Haga usted la prueba.

—Vamos, señor loquito, señor enamora-

do, señor fogoso; tenga usted entendido que yo lo quiero mucho, que somos el par de amigos más tiernos que hay bajo las estrellas.

—Entonces.....

—¡Calma, hermanito mio, porque no he concluído! somos lo que se llama dos pichoncitos, pero al mismo tiempo soy una mujer honesta que sabe cumplir con sus deberes; sí, señorito, y soy por lo tanto incapaz de hacer locuras.

—¡Amalia! ¿habla usted formalmente?

—Sí, señor.

—Quiere decir que me he equivocado, que soy un mentecato, que he podido tomar por amor lo que no era más que.....

—Siga usted, siga usted..... no se arrepienta; que es seguro que va usted á ofenderme, que es lo que merezco por ser ingénuo, por decir lo que siento, por no ser hipócrita. ¿Iba usted á decir que no lo quiero, no es verdad? ¿Por qué no inventa usted de una vez que lo aborrezco? Eso es quedarse por corto y cuando se trata de

abusar de la debilidad de una mujer, ustedes los hombres se pintan solos para dejar á uno lo más mal parada que pueda imaginarse.

—¡Amalia! ¿qué está usted diciendo?

—Verdades, sólo verdades; ya no puede uno decirle á nadie que le tiene cariño, sin que sean interpretadas sus palabras, sin que la tengan á uno por una coqueta.

—¡Amalia! ¡Amalia! tenga usted la bondad de no continuar.

—Eso es! ¿tampoco tengo el derecho de defenderme?

—¿De defenderse de qué?

—¿Cómo de qué? de sus ataques de usted, de sus injusticias, ¿de qué ha de ser?

—Amalia ¿me permite usted que me explique?

—Sí señor, le permito á usted todo lo que quiera, ya no hablo; le ofrezco á usted no despegar mis labios en toda la noche.

Reinó por un momento el silencio, Amalia tomó la actitud de una persona que se resigna penosamente á escuchar, y Ricardo en cuya imaginación rodaba todavía el tor-

bellino de las ideas de Amalia, procuraba reponerse para abordar la cuestión con medida y aplomo; circunstancia que nos obliga á continuar esta materia en otro capítulo.



CAPÍTULO VI.

EN EL QUE SE VE QUE LA JAMONA SABE
MÁS DE LO QUE LE HAN ENSEÑADO.

AMALIA! exclamó solemnemente Ricardo: es indispensable que acabemos de tomar el carácter que nos sea propio, al menos para que cada cual sepa lo que le toca hacer en este caso. Cuando bailé con usted la primera danza, me volví loco.

Amalia dirigió la vista al techo.

—Le dije á usted, continuó Ricardo, que la amaba, porque..... no pude menos, porque es cierto, usted me oyó..... más todavía.